

SANTA HILDEGARDA DE BINGEN

LA VISIÓN DE
UNA ABADESA AUDAZ



Maithe Castillo
mcastillo2@correo.um.edu.uy

“¡Oh, figura femenina, cuán gloriosa eres!”
Hildegarda de Bingen

*“Nos te felicitamos y nos dirigimos a ti para que sepas
que Dios se resiste a los soberbios y da su
gracia a los humildes. Conserva pues
y mantén esa gracia que existe en ti
de manera que puedas sentir lo que
te es entregado en espíritu,
y que lo transmitas con toda prudencia
cada vez que lo oigas”*

Carta del Papa Eugenio III

Un vacío historiográfico ampliamente repetido nos ha hecho creer que el rol de la mujer medieval se limitaba a ser lo más parecido a un adorno. Incluso, en la historiografía tradicional, son escasas o nulas las menciones a las grandes figuras femeninas que conforman de igual manera que las grandes figuras masculinas el panorama histórico.

Es cierto, que nuevos enfoques han ampliado el especto de estudio historiográfico, ramas recientes como el estudio de género o la historia de las mujeres, buscan ir a aquellos lugares donde el vacío tradicional había pasado por alto¹. Pero en el imaginario popular, o en la tradición, la mujer medieval es la princesa en grandes castillos enfunda en largos vestidos esplendorosos. Largas sesiones de costura, preparar banquetes, deambular por jardines acompañadas de un séquito de sirvientas. Lujo y ocio. Bellas y delicadas. Más allá del gusto estético que debían producir no había otro rol para ellas. Ambas visiones, la idealizada o la demonizada de la época medieval, pone al margen de la historia a la mujer medieval. Esposa, madre, hija, subordinada. Ángel al que se le debe cantar. Ya sea admirada o suprimida queda por fuera de todas las esferas, ya se política, económica, religiosa y sobre todo científica. Por eso no extraña que una mujer como Hildegarda de Bingen pase desapercibida tanto en manuales de historia medieval como de filosofía, teniendo que

1 Es importante remarcar dos punta pies que son por un lado el artículo escrito por Joan W. Scott, en Scott, Joan (1986), "Gender: a Useful Category of Historical Analysis", *American Historical Review*, 91, 1053-1075, y la serie de libros que recuperan en varios tomos la historia de las mujeres desde la antigüedad, en Duby, G.; Perrot, M. (2018) *Historia de las mujeres*. Barcelona: Taurus.

remitirnos a una bibliografía, aunque muy prolífera por un creciente interés en su tan particular vida y obra, reciente en el tiempo y específica, pues rompe con el canon del imaginario popular y la tradición.



Miniatura en Rupertsberger Codex del libro del Scivias

Nacida en 1098, en seno de una familia noble habitante del Sacro imperio germano, declarada Santa y Doctora de la Iglesia, Hildegarda de Bingen es una de las extraordinarias figuras que forman parte del eclético siglo XII. El eco de su multifacética personalidad resuena más allá de los límites de su tierra o de su tiempo. Su conocimiento, plasmado a la posteridad en sus varios manuscritos, es motivo de estudio para filósofos, musicólogos, historiadores del arte, y botánicos. Dentro del área de los estudios humanísticos podemos mencionar *Scivias*, *Liber Vitae meritorum*, o *Liber divinorum operum*, que abarcan desde sus visiones hasta un tratado metafísico sobre la composición cosmológica del universo, todos con un fuerte trasfondo ético-moral. En cuanto a su veta científica el *Liber simplicis medicine o Physica* recoge propiedades medicinales de plantas, animales, y minerales que se utilizaban para aplicación terapéutica.

Para Hildegarda el mundo natural y el mundo divino eran uno mismo, tanto el cuerpo como el alma podían y debían ser curados con la misma profundidad. Lo que conjunto a su extensa obra musical representa su capacidad interdisciplinaria, ya que no concebía una separación entre las artes, el conocimiento científico, o filosófico, o religioso, todo era parte de una creación divina. La extraordinaria vitalidad y riqueza cultural la convierte en

una mujer de gran influencia en su contexto. Derriba el mito de un mujer medieval enclaustrada en frívolas tareas y la convierte en un objeto de estudio de gran magnetismo no solo por la extensión de su corpus, que supone una fuente de gran valor, sino también de su labor en vida ostensible en su casi 300 cartas que “ofrecen respuestas teológicas y filosóficas a obispos y maestros escolásticos que las requerían, dirección espiritual a abades, abadesas, simples monjes, clero, príncipes, personas comunes, orientación en dificultades concretas”²

Desde corta edad se le manifestó, como ella misma lo describe, una luz tal que hacía que su alma temblara. Vivía constantemente episodios de los que era consciente, y en los que se le presentaban imágenes proféticas, visiones que iluminaba su comprensión sobre temas teológicos, pero también imágenes que advertían sucesos que acontecerían y la abadesa redactaba para prevenir quienes podrían ser beneficiarios de su conocimiento. Podía escuchar diálogos, o una voz, la voz divina, que le explicaba las imágenes que por su intrincada composición no eran fácil de deducir por su propia conciencia. Incluso en algunos episodios la visión se

2 A. Fraboschi, *Bajo la mirada de Hildegarda abadesa de Bingen*, p.25

le presentaban con música o a través de música, ya que consideraba que esta era parte de la perfección armónica del universo.

Las visiones de la Abadesa se volvieron muy reconocidas y respetadas, su palabra era escuchada por su comunidad, y tanto sus cartas como sus escritos significaban una fuente de sabiduría, pero también de autoridad. Azucena Adelina Fraboschi en su libro *Bajo la mirada de Hildegarda abadesa de Bingen* explica que las cartas fueron el medio más activo por el cual Hildegarda denunciaba los males que aquejaban a la Iglesia, y las irregularidades del poder político. María Graña Cid en *Santa Hildegarda de Bingen: Una mujer sabia* también expone en consonancia con Fraboschi lo siguiente:

“Mantuvo intensa correspondencia con los principales personajes y autoridades de su tiempo (...) En ellas plasmó su conciencia profética y deseos de reforma de la Iglesia, a menudo reprobando conductas indignas, e intervino en algunos de los principales problemas eclesiásticos como el cisma provocado por Barbarroja. Para luchar contra los vicios del clero y la herejía cátara realizó cuatro viajes de predicación por Alemania entre 1160 y 1170, el último con más de 70 años y tras superar una dura enfermedad. Era directa y severa en su denuncia, pero también positiva al subrayar la inagotable bondad de Dios: no anunciaba el castigo

divino con el fin del mundo, sino una tormenta purificadora que iniciaría una época justa y pacífica. Quizá se debiese a esto su éxito entre los eclesiásticos, que tras escuchar sus sermones se los pedían por escrito. Esta visión positiva afectaba también a los herejes: aunque oponía al dualismo su visión integral de la creación y consideraba que habían de ser vencidos, rechazaba su ejecución por tratarse de seres humanos y, en cuanto tales, imagen de Dios”³(416)

En el contexto de su producción, el siglo XII, las relaciones entre dichos poderes se tensaron de manera muy significativa, el Papado y el imperio pugnaba en lucha de poder y jerarquía. El papel de la abadesa, inscripto en dicha lucha, por su capacidad crítica le permitió situarse en un lugar donde la mayor objetividad y las recomendaciones o advertencias fueron enviadas imparcialmente, más allá de su pertenencia al clero. Sin embargo, rompiendo una vez más con el imaginario común, Santa Hildegarda fue escuchada y respetada, más allá de ser mujer, era una mujer de conocimiento. Esto no quiere decir que sus visiones y decisiones como abadesa no generaran controversia, sino, que en ge-

3 M. Graña Cid, “Santa Hildegarda de Bingen: Una mujer sabia” p. 416

neral, era una figura de autoridad y admiración.

Este trabajo tiene el objetivo de analizar un fragmento, parte de una de las cartas dirigidas al Rey-Emperador Federico I Barbarroja⁴, con motivo de observar lo anteriormente mencionado. Intentando comprender con esto, su relación con las autoridades de su tiempo y su espacio dentro de la Iglesia. A través de la información inferible del análisis de la fuente citada como el espacio-tiempo en el que los personajes históricos se sitúan o problemáticas que desprende el vocabulario o temática tratada.

El mundo religioso y político de Hildegarda tiene la característica de ser un siglo de grandes tensiones. Tres años antes de su nacimiento, 1095, el movimiento cruzado comienza a manifestar sus primeras fuerzas. Aunque no obedecieron a un impulso único o unitario, el proceso de ampliación del espacio europeo en el Mediterráneo oriental. Una mentalidad compartida hacia hervir en los corazones la necesidad de llevar el evangelio aquellos lugares donde la luz no resplandecía con el suficiente brillo. Como menciona José Ángel de García Cortázar⁵ en *Manual de Historia Medieval* las cruzadas fueron de gran importancia “desde el punto de vis-

4 En Anexo 1.1 se adjunta la selección del fragmento completo para su lectura.

5 J. A. García Cortázar y J. A. Sesma Muñoz, *Manual de Historia Medieval*.

ta comercial, y, sobre todo, ideológico, las cruzadas resultaron de muy escasa trascendencia desde la perspectiva de una colonización”. Cuando la abadesa tenía solo un año, 1099, el impulso cruzado obtuvo su primer resultado con la toma de Jerusalén.

Por otro lado, desde un enfoque más específico, el Sacro Imperio Germano era sacudido por una disputa que tuvo como resultado la excomulgación de reyes, el nombramiento de papas y antipapas, en lo que se conoce como la “Querrela de las Investiduras”. La disputa más notoria fue la protagonizada por el emperador Enrique IV y el Papa Gregorio VII. La causa inicial podemos rastrearla hasta el concilio de Letrán de 1059 en el que el Papa Nicolás II, entre otros puntos, lleva a cabo una reforma en la elección de papal denominado que solo los cardenales obispos actuar en tal sentido. Prohibiendo al emperador y a la nobleza intervenir en la designación de los pontífices. Solo tendrían la potestad de aprobación o consenso ante la decisión tomada, pero nunca de oposición. Y, a su vez, el nombramiento de los clérigos para cargos eclesiásticos con la investidura correspondiente solo podría ser recibida a manos de una autoridad de la Iglesia, pero no por parte de un seglar. Enrique IV decide deponer al Papa, y la respuesta de Gregorio VII fue excomulgar al emperador, lo que desembocó en varios pleitos que no cesaron hasta la muerte de Gregorio

VII en 1085, la abdicación de Enrique IV por su segundo hijo, y el Concordato de Worms de 1122 entre el Papa Calixto II y Enrique V.

Pero, lo pertinente para poder entender la preocupación expresada en la carta de Hildegarda a Federico I es la ruptura de esta conciliación entre el Papado y el Imperio. En 1153 el Papa Eugenio III de la orden de cister firmó un tratado, el tratado de Constanza, con Federico I Barbarroja, aun solo rey de Alemania, en el que le ofrecía la coronación imperial a cambio de su protección, pero dicha alianza no fue del todo fructífera. El Papa Anastasio confirió el cargo de arzobispo de Magdeburgo al obispo Wichmann luego de grandes presiones para su confirmación ya que era protegido del rey. Esto significaba que el papado comenzaba a cederle una vez más poder al emperador, retrocediendo en las medidas que habían implementado para reducir la presión del poder político. El poder de Roma quedaba débil ante la composición caprichosa del emperador del episcopado alemán. Federico Barbarroja fue coronado por el Papa Adriano IV en cumplimiento del compromiso entablado por Eugenio III, el 18 de junio de 1155. Su coronación solo significó el inicio de las disputas entre las dos instituciones, en las que ambas buscaban limitar el poder de la otra, hasta que el emperador se reconcilia con el Papa en 1177, la paz de Venecia.

Este conflicto debe ser leído como gran destabilizador del orden dentro del Sacro Imperio, por lo que, se pone en juego la prosperidad de la comunidad. Ante este contexto, Hildegarda advierte al monarca “Ahora, *oh rey*, vigila con cuidado, pues todas tus regiones están ensombrecidas por una multitud falaz de los que destruyen la justicia en la negrura de sus faltas. *Oh, tú que eres rey dirige con tu cetro de misericordia* a los perezosos, a los errantes, a los que tienen crueles costumbres”.⁶ Se puede entender que la carta es por lo tanto anterior a la coronación de Federico como emperador. La abadesa estableció diferentes comunicaciones con Barbarroja, incluso desde su coronación como Rey en 1152, redacta una carta en que saluda al nuevo monarca. Luego, en 1154 lo visita en el palacio de Ingelheim. Su relación epistolar, como podemos ver en la carta, no intimidó a la Doctora de Bingen a la hora de expresar su parecer ante las fallas del Rey. Incluso se considera que sus múltiples visiones comunicadas por este medio vaticinan en cierta medida su extraña muerte y sus fracasos políticos.

El contexto político del ascenso al poder por parte de Barbarroja permite comprender las preocu-

6 R. Pernoud, *Hildegarda de Bingen, una conciencia inspirada en el siglo XII*, pp.61-62

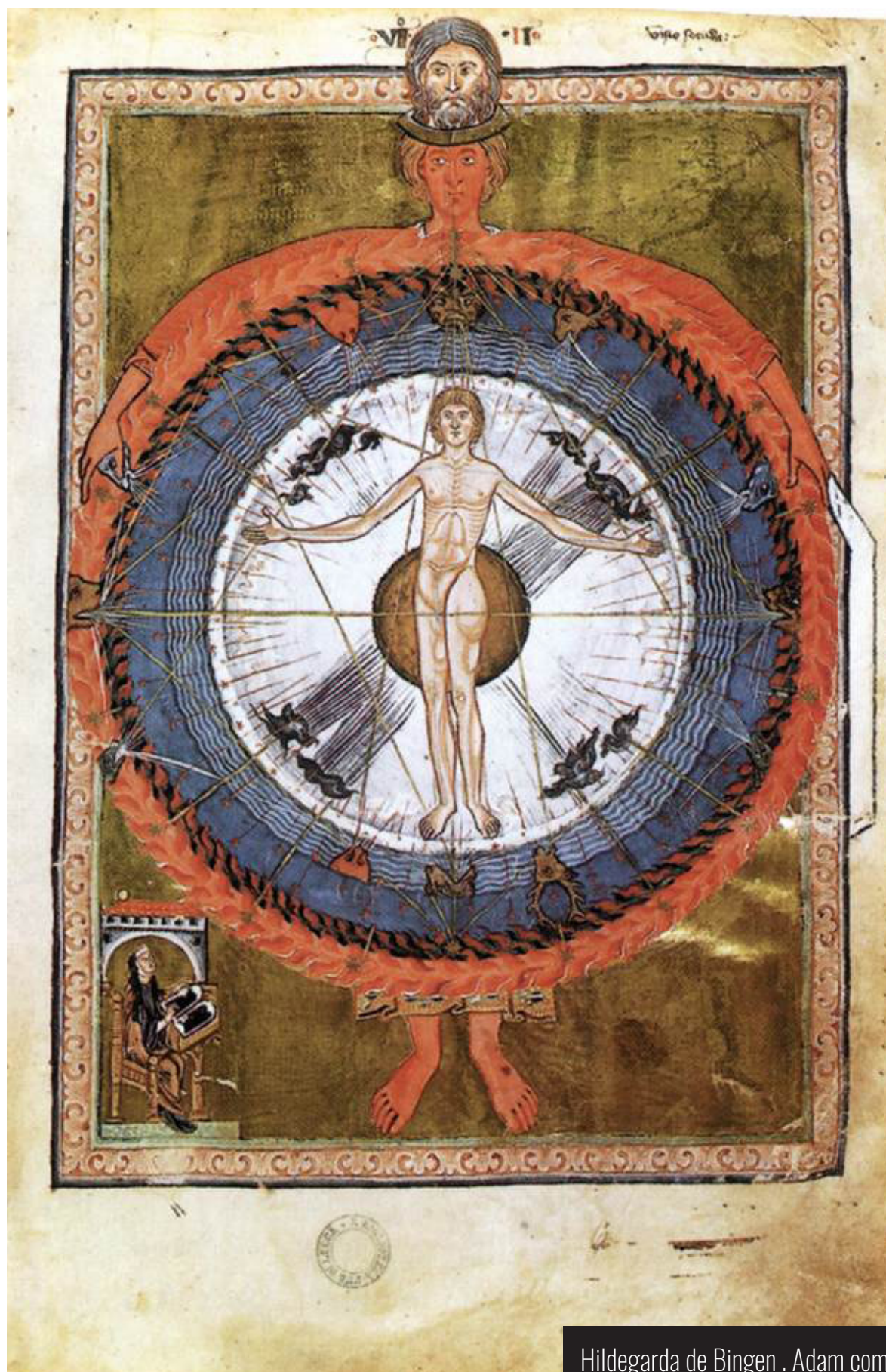
paciones que se leen en la carta que la abadesa envía, ya que, acorde con la inestabilidad política se acompaña la inestabilidad social y moral. Si el Rey, figura de justicia y autoridad, se ve envuelto en conflictos que ponen en duda la rectitud de dichos principios, es consecuente que sus tierras tengan la tendencia a correr la misma suerte. El comienzo de la epístola “...escucha: un rey estaba sobre un alto monte, y miraba hacia todos los valles para ver lo que en ellos hacía cada uno (...) vigilando para para que verdeara lo que era árido y se despertara lo que estaba dormido. Cuando este hombre dejó de tener los ojos abiertos, he aquí que llegó una nube negra que cubrió los valles. En seguida los cuervos y otras aves vinieron sobre ellos (...)”⁷ puede leerse en clave de parábola y acompaña con el tono general del texto, la advertencia al Rey ante una descuidada gestión. El vocabulario, y, por lo tanto, el trato general de la carta denota un respeto a la posición del remitente. La abadesa se comunica con las debidas formalidades, pero sin temor a expresar que aun cuando Barbarroja es Rey en la tierra, por encima de su reinado, Rey un dios soberano que lo vigila, y que vela por las tierras que el monarca deja sin cuidado por atender a intereses propios, y de perezoso, errantes, y hom-

7 *Ibidem*, pp. 61-62

bres de malas costumbres, “Tú tienes, en efecto, un nombre glorioso porque eres rey de Israel, muy glorioso en tu nombre. Mira pues que el Rey supremo te observa, para que no seas acusado de no haber ejercido con rectitud tu oficio, y que no tengas de que sonrojarte. ¡No lo quiera Dios!”⁸ Su ambición de poder, como se puede observar en la constante disputa con el papado, en los ojos de Hildegarda se convertiría en su peor condena ya que lo alejaría de la justicia, siendo castigado por una ceguera del bien “Cuida pues, que el Rey soberano no te eche por tierra a causa de la ceguera de tus ojos, que no ven con derecho mientras sostienes en tu mano el cetro del reino. Actúa de tal modo que la gracia de Dios no te falte...”⁹ No obstante, en 1163, Hildegarda pide al ya coronado emperador del Sacro Imperio Germano protección para su monasterio, y el monarca accede, lo que parece denotar la falta de rencores entre ambos personajes.

8 *Ibidem*, pp. 61-62

9 *Ibidem*, pp. 61-62



Hildegarda de Bingen . Adam como hombre. Liber
Divinorum Operum (El libro de las obras divinas)

CONSIDERACIONES FINALES

El pleito político circundante es cuna para que el futuro emperador desee demostrar su magnánima presencia ante aquellos que parecen intentar detentarla. Sin embargo, una mujer, devota y afligida por grandes dolores, le hace notar sus faltas sin temor alguno a recibir represalias. Una mujer que desafía no solo su contexto si no su futura recepción , ya que en su mayor devoción no deja de ver las propias fallas incluso antes que las ajenas. Se podría haber seleccionado cualquier otra epístola bajo su nombre que fuera dirigida al Papa, o a obispos, que aun en sus investiduras incumplían las leyes divinas.

Esta carta no solo da cuenta de un reinado inestable y propenso a la consecuencia de este tipo de disputas. Da cuenta del poder de la voz de Santa Hildegarda. Desde un lugar tan vulnerable, desde la alteridad de ser mujer, y, mujer con autoridad en un medio que esto podría ser hostil, logró hacerse con el respeto, aun de aquellos a los que caía la palabra de sus visiones y sus sermones.

Cuando se estudian o se recuerdan estos personajes se brinda un poco de luz ante una época histórica repleta de tabúes que su única intención es entorpecer cualquier intuición primaria sobre la temática. Una vez deshojados los prejuicios, se puede ver que esconde en ella el encanto y la mística de

intelectual abocada a una vida de servicio. Honrada y protegida, respetada y admirada. No despreciada, no idealizada.

ANEXO

1.1 “...escucha: un rey estaba sobre un alto monte, y miraba hacia todos los valles para ver lo que en ellos hacía cada uno (...) vigilando para para que verdeara lo que era árido y se despertara lo que estaba dormido. Cuando este hombre dejó de tener los ojos abiertos, he aquí que llegó una nube negra que cubrió los valles. En seguida los cuervos y otras aves vinieron sobre ellos (...) Ahora, *oh rey*¹⁰, vigila con cuidado, pues todas tus regiones están ensombrecidas por una multitud falaz de los que destruyen la justicia en la negrura de sus faltas. *Oh, tú que eres rey dirige con tu cetro de misericordia a los perezosos, a los errantes, a los que tienen crueles costumbres. Tú tienes, en efecto, un nombre glorioso porque eres rey de Israel, muy glorioso en tu nombre. Mira pues que el Rey supremo te observa, para que no seas acusado de no haber ejercido con rectitud tu oficio, y que no tengas de que sonrojarte. ¡No lo*

10 Las itálicas no pertenecen al texto original, fueron colocadas con el motivo de facilitar la lectura de la fuente en relación al presente trabajo.

quiera Dios!

...Yo te veo, en efecto, en visión mística, viviendo toda suerte de problemas y contrariedades ante los ojos de tus contemporáneos; más pese a todo tendrás, durante el tiempo de tu reinado, lo que conviene para los asuntos terrenos. Cuida pues, que el Rey soberano no te eche por tierra a causa de la ceguera de tus ojos, que no ven con derecho mientras sostienes en tu mano el cetro del reino. Actúa de tal modo que la gracia de Dios no te falte...”¹¹

11 Hidegarda de Bingen “Carta a Federico Barbarroja” en Pernoud, Regine *Hildegarda de Bingen*, Barcelona, Paidós, 2012, pp 61-62.

BIBLIOGRAFÍA

Caso, Ángeles, *Las olvidadas. Una historia de mujeres creadoras*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2006

Fraboschi, A. A. “Del poder y sus vicios, en la mirada de Hildegarda, abadesa de Bingen”, *Stylos*, 19, 2010, Biblioteca digital de la Universidad Católica Argentina.

Fraboschi, A. A., *Bajo la mirada de Hildegarda abadesa de Bingen*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores, 2010

Fraboschi, A. A. *Santa Hildegarda de Bingen, Doctora de la Iglesia*. Buenos Aires, Miño y Dávila Editores, 2012

García Cortázar, J. A; Sesma Muñoz, J. A., *Manual de Historia Medieval*. Madrid, Alianza, 2014

Gómez, P. E., “Santa Hildegarda de Bingen: ¿Por qué “Doctora de la Iglesia”?”, *Teología*, 113, 2014, Biblioteca digital de la Universidad Católica Argentina.

Graña Cid, M., “Santa Hildegarda de Bingen: Una mujer sabia”, *Razón y Fe*, 266, 2012 1

Pernoud, R, *Hildegarda de Bingen, una conciencia inspirada en el siglo XII*, Barcelona, Ediciones Paidós, 2012

Santos Paz, J. C. (2020). ¿Hildegarda de Bingen contra Federico Barbarroja?: sobre la génesis de la profecía pseudoepígrafa *Vidi ab aquilone*, *Reti Medievali Rivista*, 21: 1.